



XXI

**N**o es posible describir el enojo que sobrecogió á Díaz cuando recibió la malhadada noticia de la pérdida del pleito. Maldijo, pateó, mesose las barbas y echó espuma por la boca. Muchas consideraciones reunidas concurrían para hacerle insoportable el fracaso: en primer lugar, y de capital modo, el triunfo de su compadre; en segundo, la pérdida del terreno; en tercero, la ridiculez de su propia situación; y en cuarto, aquel maldito baile que le había costado tanto, y que no había servido sino para hacer más patente y visible su derrota. A todo esto se mezclaba un sordo resentimiento.

miento contra su abogado. Él tenía la culpa de lo que le pasaba. ¿Por qué le había empujado por aquel camino? Había resistido él, don Miguel, meterse en cuestiones judiciales, porque preveía que nada bueno podría salir de los enredos forenses; pero Jaramillo se había empeñado en engolfarle en aquella mar traidora, garantizándole sacarle al puerto de una sentencia favorable. ¿Y todo para qué? Para ponerle en berlina, y tornarle pasto de la murmuración y blanco de las burlas de Citala.

¡Y buena sangría había sufrido su bolsillo! A cada momento pedía dinero y más dinero el letrado: para timbres, para retribuir á los testigos, para gastos de viaje, para trabajos secretos. Por medio de estas artimañas, le había sacado miles de pesos en unos cuantos días, como si su fortuna fuese cosa de broma y hubiese llegado el momento de hacer jura con sus pesos. Eso no se lo perdonaba ni se lo perdonaría nunca. Comprendía que aquel tunante se había divertido á su costa, haciéndole creer cosas absurdas y prometiéndole lo que bien sabía no le podría dar. Pensando esto, exaltábase de un modo indecible, y volvía á jurar y perjurar

que no quedaría burlado, y que habían de saber todos, incluso Jaramillo, que no era juguete de nadie, y que cuando se le hería de cualquier manera, sabía tomar serios y tremendos desquites.

Tal era el estado de su ánimo cuando llegó al pueblo en mala hora, el ladino don Crisanto, á darle cuenta de su encargo. Recibíole don Miguel con cara de vinagre.

—¿Qué viene usted á contarme ahora, señor licenciado? le preguntó antes de darle la bienvenida.

--Nada, don Miguel, repuso Jaramillo soltando alegre carcajada, que esos magistrados son unos imbéciles.

—¿Qué me importa que lo sean? La verdad es que han fallado el negocio en mi contra. Me es indiferente que me muerda perro ó perra; la mordedura es la que me duele.

—No se puede negar; pero eso nada tiene de extraordinario: lo había previsto yo.

—¿Ahora salimos con eso? No, señor, usted no lo había previsto; sino que, por el contrario, me aseguró que íbamos á ganar.

—Puede ser que lo haya dicho....

—No, señor, no puede ser; usted lo dijo, no consiento que lo niegue.

—Está bien; no se exalte usted. Lo dije, pero ¿no agregué al mismo tiempo, que los juicios eran juegos de azar, donde la fortuna, y no la justicia, resolvía el éxito de los negocios? Ahora niéguelo usted.

—Yo no niego nada. Supongamos que así haya pasado, ¿qué tenemos con eso?

—Que dije dos cosas distintas: una, que se ganaría el pleito, y otra, que era fácil que se perdiera. No acerté en una; pero sí en otra.

—Señor licenciado, no estoy para bromas. Hágame favor de reservar sus agudezas para otra ocasión. Ahora lo que quiero es que me cumpla lo ofrecido. Ud. me aseguró delante de don Santiago Méndez, que ganaría el pleito; me hizo Ud. entrar en él contra mi voluntad, y el resultado ha sido que se lo ha dejado ganar.

—Pero Ud. no comprende nada, don Miguel. Claramente le dije en la carta que le mandé antier, que esta resolución era de poca importancia, y que no debía Ud. afectarse por ella, pues no falla la cuestión en definitiva. El día que Ud. guste puede recobrar el Monte de los Pericos.

—Ahora mismo lo quiero; démelo Ud....

—Las cosas no se hacen de ese modo, no lo tengo en el bolsillo; pero si Ud. quiere, se lo entregaré.....

—¿Cuándo, cómo? vociferó Díaz golpeándose un muslo con la mano empuñada.

—Cuando concluya el juicio de propiedad que debe seguir á éste. El apeo no sirve para poner en claro quién es dueño de las cosas.

—Pues entonces ¿para qué me metió Ud. en ese enredo?

—Porque lo creí de buen resultado.

—Es Ud. muy crédulo.... y yo más.

—Vamos, don Miguel, no me ofenda. Modérese; su situación no es tan mala. Mañana me marchó de nuevo para la ciudad, entablo el juicio de propiedad y recobra Ud. su terreno.

—¿Qué! exclamó don Miguel exasperado y con el rostro color de púrpura. ¡Meterme yo en otro juicio! ¡Dios me libre! ¡ni ahora ni nunca! Me basta esa lección; no necesito otra. Para Ud. todo es ganancia, señor licenciado. Pelear, pedir dinero para esto, para aquello, para lo otro.... y echar años y más años, y borrar papel, para al fin del cuento salir con que los pleitos

son juegos de azar, y que, aunque los pierde, no se equivoca, porque desde antes lo había pronosticado . . . . . No soy servido de ello, abogado. A otro perro con ese hueso. Primero me echo á un barranco, que volverme á meter en un juicio. ¡ Con razón le he tenido siempre más miedo á un abogado que á un toro puntal!

—Ud. sabe lo que hace, repuso Jaramillo amostazado; pierde Ud. su derecho porque le da la gana.

—Lo perderé ó no, eso ya lo veremos; pero lo que es volverles á ver la cara á los *fueces*, nunca, nunca, nunca. Cuando me acuerdo de ese relamido de Camposorio, se me revuelven las tripas de coraje. ¡ Haberme sacado tanto dinero! ¡ y venido á ver para qué, para que su sentencia quedara en nada! ¡ Que *fuez* ha de ser ni qué nada! Los únicos *fueces* son los magistrados. Los de más abajo no son más que unos infelices. Solamente á Ud. se le puede haber ocurrido llenar los bolsillos del tal don Enrique, cuando sabía que no era bastante hombre para hacerse respetar . . . . . Ahora lo que fuera bueno sería que me volviese mi dinero.

—Está Ud. hablando de lo que no entiende.

—¿ De lo que no entiendo? ¡ cree Ud. que no entiendo cuando me meten la mano en la faltriquera?

—No tomo por lo serio lo que Ud. dice...

—¿ Y por qué no? vamos á ver; por qué no? Tómelo Ud. por lo serio . . . como Ud. guste.

—De manera que, verdaderamente ¿ tiene Ud. intención de lastimarme?

—No sé si lo lastimo ó no, sino sólo que Ud. ha faltado á su compromiso y me ha hecho perder el dinero . . . .

—Es difícil hacer que Ud. entienda, tiene la cabeza tan dura como el granito.

—Sí, yo soy el tonto y Ud. el ladino; ya lo sé.

—Me voy, porque si me quedo acabamos mal.

—No se vaya y acabaremos como Ud. guste.

Prudente Jaramillo en este caso como en todas ocasiones, comprendió que no era oportuno permanecer por más tiempo en la casa de don Miguel; así que, apresurándose á salir, se marchó á la suya á hacer reflexiones filosóficas sobre lo ocurrido.

—Es un asno, decía por el camino pensando en don Miguel, me ha dado la coz; no podía ser de otro modo. Pero fué manso por mucho tiempo y me permitió cabalgarle....

Díaz, entretanto, seguía como fiera enjaulada. Dos resoluciones tenía fijas en la mente: no acudir de nuevo á los tribunales y no dejarse burlar de su compadre. Era difícil llevarlas á cabo ambas para salirse con su idea, porque si no demandaba en forma á don Pedro, no podría arrebatarse el terreno, y si su compadre lo conservaba, todo el mundo se reiría de él. A fuerza de discurrir llegó á persuadirse de que era impotente para vencer á su compadre en la cuestión del Monte; pero que podría tomar un buen desquite por otro camino. En sus cavilaciones se acordó de Roque. Aun estaba el caporal en el pueblo, encerrado en el calabozo y maltratado por el capataz. Cuantos esfuerzos había hecho don Pedro para sacarle de allí, habían sido inútiles.

Al recordar don Miguel que aun estaba Roque en Citala, se llenó de alegría, pensando que por aquel lado podría herir á su compadre, cargando sobre el caporal la ma-

no de su indignación; y se formó el propósito de convertir á éste en blanco de sus odios. ¿Cómo? No lo sabía. Aun no tenía plan, sino sólo un pensamiento fijo y confuso. Para combinar algo que pudiera ser llevado á la práctica, fuese á la casa de don Santiago Méndez y tuvo una conferencia con él.

—Es preciso, dijo, no dejar sin castigo á ese bribón de Roque.

—Se lo quería decir á Ud. hace días, repuso don Santiago. Es urgente mandarle á la capital ó ponerle en libertad, porque me estoy comprometiendo.

—Es un bellaco á quien hemos de sentarle la mano.

—Nada se le puede probar, no hay testigos de su delito....

—Ud. verá cómo lo hace; lo que importa es que no quede impune. Poco me interesa que haya herido ó no á ese ingrato de Pánfilo; lo que me indigna es que se haya atrevido á uno de mis sirvientes. Es necesario que él y todos los mozos de mi compadre, comprendan que tienen que respetarme, si no por amor, por miedo. Si Roque fuese puesto en libertad, que

sin garantías. Un día ú otro serían capaces de asesinarlos esos bribones. Hay que escarmentarlos, y sobre todo, á los valientes.

—En tal caso, conviene mandarle á la capital.

—Pero ¿no dice Ud. que no hay pruebas en su contra?

—Es verdad.

—¿De suerte que podría quedar libre muy pronto?

Don Santiago hizo señal afirmativa con la cabeza.

—Vamos, señor don Santiago, Ud. es hombre de recursos. ¿Qué haría Ud. con él si estuviera interesada la política en hacer un escarmiento en la persona del preso?

Quedó pensativo por un rato el presidente municipal, y luego dijo:

—Hombre, lo que se hace en tales casos es aplicar la *ley fuga*.

—No me venga con leyes, señor don Santiago, les tengo aversión.

—No se trata de leyes; sino de cosa muy diferente. Se le llama así por ironía á un modo particular de destruir un estorbo humano. Consiste en remitir á la persona

odiada con una escolta de un lugar á otro; en fingir que el preso pretende huir y ¡pum! ¡pum! ¡pum! hacerle fuego y matarle en el camino.

—No, eso nó, repuso don Miguel alarmado; eso nó, de ninguna manera.

—Le diré, don Miguel, la aplicación de esa ley es de uso corriente. Acá para nosotros, le confieso que así es como he podido acabar con los bandidos del municipio. ¿Recuerda Ud. cuantos había hace poco? Al principio los aprehendía y los mandaba al juez; pero él los ponía en la calle á los pocos días, so pretexto de que no había méritos en su contra. Eso me hizo adoptar otro camino. Los remitía por la noche á la capital, custodiados por gendarmes, y resultaban muertos en el camino, porque habían pretendido escapar..... Ya Ud. ve, el procedimiento no ha llamado la atención. Habré despachado más de veinte.

—¿De suerte que no se sabría?

—¿Qué se había de saber! ¿No le digo á Ud. que he despachado más de veinte? Y todo ha quedado en silencio.

—Como quiera que sea, no me resuelvo, repuso don Miguel.

—Bueno; en tal caso, le pondré en libertad.

—Todavía no. Le resolveré hoy mismo, voy á pensarlo.

—Por lo que hace á mí, prosiguió Méndez, me prestó á castigar á Roque, porque tengo la convicción de que es delincuente. Si llega á la ciudad, juro á Ud. que le ponen libre por falta de pruebas. . . . . Los jueces tienen la culpa de estas cosas, porque no castigan á los criminales. Roque es temible, y como le he tenido haciendo la limpieza todos los días, y bien azotado por el capataz, ha de salir como un demonio contra nosotros dos. ¡Quién sabe qué nos hiciera á Ud. y á mí, si se le presentara la oportunidad! Tener un enemigo como él, matón, resuelto y rencoroso, es una muerte. . . . . Ya no vuelve uno á gozar de tranquilidad en su vida. Conque piénsese, señor don Miguel.

—Me pensaré, señor don Santiago.

—Hoy mismo me resuelve.

—Sí, señor, hoy mismo.

Para meditar mejor su resolución, marchose Díaz al Chopo. No quería que le viese la gente; le daba vergüenza. Al llegar á

la hacienda recrudeciéronse sus iras, porque le pareció que sus dependientes le miraban con lástima. Aunque era cerca del medio día, fué á caballo á dar una vuelta por los potreros, y sin saber cómo, llegó á la vista del Monte de los Pericos. El cerrieto le produjo paroxismos de rabia, y, tomándolo por testigo, hizo nuevos juramentos de venganza. Nada le había hecho don Pedro; pero como Díaz era de tan escaso cacumen y tan exaltado, acusábale de haber sostenido sus derechos, como si hubiese cometido un delito. Los odios gratuitos son los más terribles. Extrémalos la irritación que produce la conciencia de la injusticia, y, aunque parezca absurdo, es más y más inicuo el injusto agresor, á medida que se acusa mayormente de serlo; y lleno de despecho, descarga su enojo contra la persona aborrecida, por vengarse de sus propios remordimientos. Don Miguel estaba ciego, y no escuchaba la voz de la conciencia. Era su cólera una tempestad que apagaba las voces de su alma. Si al menos hubiera tomado consejo de persona prudente, es probable que hubiera desistido de sus malos propósitos; pero como se

aisló y se entregó á saborear sus sentimientos rencorosos, se resolvió á hacer lo más malo. El Monte fué su mal genio, pues puso en efervescencia sus instintos perversos, y á fuerza de verle, acabó por decidirse á aceptar la propuesta de don Santiago. . . . . Y, además, concibió otro proyecto diabólico de que después se hablará.

—Está bien, dijo, se quedará mi compare con ese monte; pero se acordará de mí todos los días de su vida.

Volvió luego á la hacienda y escribió con precipitación una carta á don Santiago diciéndole: "Estoy resuelto. No hay más que *tronarle*." Y la mandó con un mozo á mata caballo.

Comió mal, estuvo pensativo toda la hora de la mesa, y no pronunció una sola palabra. Al levantarse, hizo llamar al maestro albañil y se encerró con él en el despacho. Fué larga la conferencia, y nadie supo lo que se trató en ella. Al fin salió el maestro, reunió cuatro peones, y antes de oscurecer, se les vió salir del Chopo, armados de barras de hierro, circunstancia que llamó la atención de la ranchería, porque no

era ya hora de trabajar, ni había obra pendiente por el rumbo que tomaron.

Entretanto había recibido don Santiago el mensaje de Díaz. Púsole sobre el escritorio, y habiendo sido llamado por su esposa en aquellos momentos, salió un instante de la pieza. El secretario era un intrigante de baja ley, que conspiraba siempre contra la autoridad reinante, para prepararse constantes paracaídas en caso de cambios administrativos. Por lo pronto era un *figueroista* rabioso; y todo cuanto hacía don Santiago, poníalo en conocimiento del tinterillo; era un traidor y un espía. Al levantarse don Santiago, observó al secretario que había quedado sobre la mesa aquella carta, y con el mayor cinismo se impuso de su contenido. Viendo que trataba asunto gordo, de interés extraordinario, la introdujo prontamente en la faltriquera, y siguió escribiendo como si tal cosa. Tardó en volver don Santiago, y se acordó del papel. Buscole en vano sobre la mesa.

—¿No ha visto Ud. una carta que dejé hace poco aquí? dijo al bribón señalando con la mano el sitio donde la había puesto.



--No, señor, contestó éste con sangre fría, no la he visto.

--Es extraño, repuso, juraría que aquí la había dejado.

--Ahora que recuerdo, observó el secretario, cuando salió Ud. la llevaba en la mano. . . . . No me cabe duda, la llevaba Ud. en la mano.

Méndez tenía pésima memoria; á eso se atenía el bellaco para mentir de un modo tan descarado.

--¡Es posible! dijo Méndez. ¡Qué memoria la mía! ¿Dónde la habré puesto? Y salió de la pieza en busca de la carta.

Por de contado que no pudo encontrarla. Méndez se preocupó un poco por su desaparición; pero como tantas veces le pasaba que se le perdieran los papeles de puro guardados, se tranquilizó al fin pensando que la habría metido en la papelería inconscientemente, ó en algún ropero ó baul, y que á la hora menos pensada parecería, como le acontecía á cada momento con documentos que juraba extraviados.

A las nueve de la noche, hora muy avanzada para los moradores de Citala, observó el vecindario que una escolta formada por

cuatro gendarmes y un sargento, sacó de la cárcel á un preso, y salió por el camino de la ciudad. El jefe de ella llevaba en el bolsillo una comunicacion de don Santiago Méndez, dirigida al político de la capital, en la que le daba parte de la remision del reo Roque Torres, acusado de lesiones calificadas.

Iba Roque con las manos atadas por detrás de la espalda. Montáronle en un caballo flaco y perezoso, que apenas se movía, y que era llevado del ronzal por uno de los gendarmes. Al salir del pueblo avanzó el grupo silenciosamente por el camino real, obscurísimo y desierto á aquellas horas. Estaba el cielo encapotado; gruesos nubarrones se levantaban por el oriente y cubrían el cielo con negro capuz. Rugía el trueno á lo lejos y repetía la sierra de hondonada en hondonada hasta el lejano horizonte. Parecía que la tierra y la altura habían entrado en combate, dirigiéndose los disparos de su artillería misteriosa. Dibujábase á cada instante el zizás del rayo sobre la negra superficie de las nubes, como herida sangrienta en el rostro de la tempestad; y el mundo envuelto en la sombra, iluminábase bre-

ves instantes con eléctricos resplandores. Caminó la caravana algunas leguas en silencio; mas viendo que la tempestad se aproximaba, acercose el sargento á uno de los soldados, y le dijo por lo bajo:

—Ay viene la tormenta; aquí estamos bien.

—Sí, ya hemos caminado como seis leguas y no hay ni una alma por el camino.

—Pos entonces vamos acabando de una vez el qui hacercito; con eso que nos devolvemos pal pueblo.

—Es lo mesmo que digo, repuso el soldado.

—Pos anda, ya sabes lo que tienes que hacer; á ver si la traga. Yo me hago como que no miro; me quedo atrás.

—Voy, pues, á ver qué sucede.

El soldado se acercó á Roque.

—¿Qué hubo, amigo? le dijo. ¿Cómo la ha pasado?

—De todos los diablos, amigo. ¿Cómo quiere que me vaya con estos mecates? repuso el preso.

—Sí, debe de ir muy mortificado. ¿Qué no quiere jumarse un cigarrito?

—Amigo, ni modo; no ve que voy trincado?

—La verdá, le voy teniendo lástima. Hora verá lo que hacemos. Al cabo el sargento se quedó atrás y no nos oserva. Le voy á desamarrar pa que dé una descansadita.

—¿No sea que lo vaya á ver el sargento! Mucho se lo agradezco; pero no sea que nos mire.

—No tenga cuidado; al cabo está muy oscuro.

Y el soldado se inclinó y desató el nudo que sujetaba las manos de Roque.

—Dios se lo pague, amigo, dijo éste extendiendo los brazos hacia adelante; venía ya muy cansado. Pero dígame, ¿por qué tiene las manos tan frías? ¿Está resfriado?

—No tengo nada. Es que el aigre está muy húmido. Conque tenga el cigarrito. Aquí está la lumbre... y la rienda.

El confiado Roque torció el cigarro y lo prendió en el mismo fuego del que fumaba el soldado. Y siguieron conversando. Después de un rato de hablar de cosas indiferentes, dijo el gendarme:

—Hombre, amigo, usté me simpatiza, y me da lástima que lo vayan á sumir en la cárcel.

—¡Qué remedio amigo! Algún día saldré ; al cabo la cárcel no come gente!

—Güeno; pero siempre es una atrocidad estar precioso, y sabe Dios por cuánto tiempo. ¿Porqué no se va? Yo me hago el desimulado y Ud. corre. Disparo al aigre, y Ud. se mete al campo, y ni quen lo jalle.

—No me animo, no sea que me vayan á dar un plomazo.

—No tenga cuidado, yo le ayudo.

Cayó el infeliz en el garlito.

—¿Me lo dice con seriedad? ¿no se cansa?

—Se lo digo de veras.... nomás haga el ánimo.

—Pos usted dirá á qué horas.

—Pos ya.... ¡parta carrera antes que llegue el sargento!

Soltó Roque la brida al jamelgo, y lo estimuló con recios golpes de talones en los ijares; pero apenas consiguió que tomase un galope tardo y acompasado. Había adelantado unos cuantos pasos cuando sonó una detonación á la espalda, y una bala pasó rozándole el ala del sombrero.

—¡Ah jijo! murmuró; pos croque este cristiano me ha tirado á dar.

Y por instinto procuró meterse en el cam-

po, á un lado del camino, para ocultarse entre los matorrales. Pero no tuvo tiempo para nada. Por más que estimulaba su caballería, no salía de su galopito. Oyó tropel cercano de caballos, y sonaron varias detonaciones. Entonces comprendió que había caído en una celada y que iba su vida de por medio. Llevado del afán de la propia conservación, quiso echar pie á tierra para buscar un escondite; pero ya era tarde. Los gendarmes estaban sobre él haciéndole fuego con sus rémingtons.

—¡Jesús ayúdame! ¡Madre mía, ampárame! dijo con el pensamiento, y cayó atravesado por las balas. Dos le hirieron por la espalda y salieron por el pecho, y la tercera le entró por la nuca y le destrozó el cráneo.

